

con alguno que profesaba la religion búddhica. La civilizacion en estos dos períodos es absolutamente diversa de la de las naciones de Anáhuac: ningun punto de contacto tenía con los tolteca, por raza, lengua, tiempo, escritura, en fin, por nada.

En la tercera época comenzó la decadencia. Se inició con la presencia de Kukulcan y las nuevas doctrinas reformadoras. A pesar de que el legislador era europeo y por consecuencia de una raza muy más adelantada que la americana; no obstante ir de entre los tolteca y haber sido seguido por ellos, su reforma fué moral y no artística. Por eso Mayapan, perteneciendo por origen á la edad de oro del arte, al ser recompuesta para metrópoli sagrada, quedó muy inferior á Chichen-Itzá, Uxmal y Palenque. Destruído Tollan, gran número de los emigrados de ella oriundos, se acercaron en la península; llevando su civilizacion, fueron á modificar, á trasformar la maya. La consecuencia era natural; diversas como eran, al ponerse en contacto y preponderar la naha, la sociedad y sus obras tomaron el tipo del pueblo influente, y en verdad de verdad que los tolteca no eran tan aventajados arquitectos como los itzaes. Los méxica llevados por los Cocom á Mayapan, acabaron por introducir sus costumbres, su culto, sus instituciones militares y sociales, con los repugnantes sacrificios humanos ántes desconocidos en Yucatan: entónces, todos estos elementos extraños se mezclaron en las creencias nacionales, dando por final resultado, perderse la prístina pureza de las doctrinas con las abonadas por la novedad. Conservóse algo de lo predicado por Zamná, revuelto con las doctrinas de Kukulcan y las politeistas, sangrientas y abigarradas de los méxica. En esta época sí las civilizaciones maya y tolteca presentan muchos puntos de contacto.

En la cuarta época, la irrupcion de tribus extrañas acabó por determinar la mudanza. Aquellos pueblos trajeron al trato comun sus costumbres, y de su mezcla y de la de sus ideas, brotaron los choques y contiendas sostenidas por los batab encontrados por los castellanos. El pueblo maya presentaba una arquitectura propia bien adelantada, algunas costumbres que le eran peculiares, marcadas semejanzas con las naciones habitadoras del Valle de México. En cuanto á los edificios primorosos del pasado tiempo, eran ruinas abandonadas, de cuyos constructores nada sabían decir los degenerados herederos de los primiti-

vos imperios. Los mayas del siglo XVI eran pueblo culto, mas no comparables á los de Chichen Itzá y Uxmal.

Bosquejarémos lo que eran los mayas á la llegada de los castellanos. Comenzando por la religion, la de los mayas, así como la de los méxica, presenta marcadas semejanzas con el cristianismo, de donde los antiguos cronistas inferían con acierto que la religion católica había sido predicada en América. (1) Creían en un dios único, incorpóreo, por cuya razon no se le podía representar ni tenía imágen alguna: llamábase Hunab Ku, todas las cosas procedían de él, y tenía un hijo nombrado Hun Itzamná ó Yaxcocahmut. (2) Aquella deidad era conocida tambien por Noh-yum-Kab. Segun indujo Fr. Bartolomé de las Casas, reconocían una trinidad compuesta de Izone, gran padre; Bacab, hijo del gran padre; Echuah, el espíritu. Bacal era hijo de la doncella Chiribias, quien tenía por madre á Ixchel. Bacab fué azotado, le pusieron una corona de espinas en la cabeza, y amarrado sobre un palo murió, aunque resucitado al tercer dia subió al cielo con su padre: en seguida vino Echuab, "y hartó la tierra de todo lo que había menester." Preguntados los indios cómo sabían esto, respondieron, "que los señores lo enseñaron á sus hijos, y así descendía de mano en mano esta doctrina. Afirmaban que en el tiempo antiguo vinieron á esta tierra veinte hombres, y el principal de ellos se llamaba Cozas y que éstos mandaban que se confesasen las gentes y que ayunasen." Ayunaban en efecto el viérnes en memoria de la muerte de Bacab. (3)

"El hombre había sido formado de tierra y zacate ó pajas delgadas, y que la carne y huesos se habían hecho de la tierra, y "el cabello, barba y vello que hay en el cuerpo, era de las pajas "ó zacate con que se había mezclado la tierra." (4)

Muy particulares eran las ceremonias en su bautismo. Acostumbraban poner á los niños una cuenta blanca, pegada á los cabellos de la coronilla de la cabeza, y colgada de la cintura por un hilo delgado, una conchita, que venía á descansar sobre la parte honesta; ambas cosas no podían quitarse sin parecer muy mal,

(1) Cogolludo, lib. IV, cap. VI.—Torquemada, lib. XV, cap. XLIX.

(2) Cogolludo, lib. IV, cap. VI.

(3) Casas, hist. apologética.—Remesal, lib. V, cap. VII.—Torquemada, lib. XV, cap. XLIX.—Cogolludo, lib. IV, cap. VI.

(4) Cogolludo, lib. IV, cap. VII.

hasta pasado el bautismo, ceremonia que tenía lugar entre los tres y doce años, sin que pudieran casarse ántes de pasar por ella. Dábasele el nombre de *zihil*, nacer de nuevo, palabra que compuesta con verbo, hacía *caput-zihil*, nacer de nuevo, en la acepción de la palabra latina *renascor*. Uno de los padres se hacía cargo de la fiesta, daba aviso á los que aún tenían hijos por bautizar, y se concertaba con el sacerdote el día que no fuera aciago: los padres y los oficiantes ayunaban tres días ántes, absteniéndose además de sus mujeres.

Llegada la fiesta, todos los neófitos acudían á la casa escogida, reuniéndose en una sala espaciosa, ó bien en un patio limpio y regado con las hojas del árbol llamado *cihom*; colocados en hileras, se disponían los niños á un lado, las niñas al otro. Llegaba el sacerdote acompañado de cuatro ancianos oficiantes, que tenían por nombre *Chaces*; el sacerdote se sentaba sobre un banquillo, en el centro, y ellos en banquillos, en cada uno de los cuatro ángulos, cerrando el espacio por medio de unos cordeles, que en las manos tenían. Sobre estos cordeles, entraban los padres de los chicuelos que habían ayunado. Procedíase entónces á la purificación del lugar, ó sea á arrojar al mal espíritu. El sacerdote ponía por órden, en la mano de los niños y niñas, un poco de maíz molido y unos granos de incienso, que ellos echaban en el braserillo que el oficiante empuñaba; acabados todos, daban á un hombre el braserillo, los cordeles que los chaces tenían en las manos, y un vaso con un poco de su vino, cosas que aquel debía sacar fuera de la poblacion, dejarlas á distancia, y tornar sin haber bebido, ni volver la cara atrás. Con esto quedaba expelido el demonio, y para acabar de limpiar el lugar, se barrían las hojas de *cihom*, regando con las del árbol nombrado *copo*.

El sacerdote vestía, "un jaco de pluma colorado, y labrado de "otras plumas de colores, y que le cuelgan de los extremos otras "plumas largas, y una como corozca en la cabeza de las mismas "plumas, y debajo del jaco, muchos listones de algodón, hasta "el suelo como colas, y con un hisopo en la mano de un palo "corto muy labrado, y por barbas ó pelos del hisopo, ciertas co- "las de unas culebras que son como cascabeles." (1) Cada niña estaba acompañada de una mujer anciana, que era su madrina;

(1) Landa, apud. Brasseur, pág. 150.

cada niño del hombre su padrino; los chaces colocaban en la cabeza de los bautizados, un paño blanco preparado por la madre de cada uno, y preguntando á los grandecillos si habían cometido pecado, los confesaban y apartaban á un lado. En el mayor recogimiento y silencio, el oficiante recitaba las oraciones, rociando con el hisopo empapado en la agua bendita. "Esta "agua, hacían de ciertas flores y de cacao mojado, y desleído con "agua vírgen, que ellos decían traído de los cóncavos de los árboles, ó de los montes." (1) Sentábase acabada la bendición, y daba al promovedor de la fiesta un hueso, con el cual iba y amagaba á cada neófito, nueve veces sobre la frente, mojaba luego el hueso en la agua bendita, y les untaba la frente, las facciones del rostro, entre los dedos de las manos y de los piés, sin pronunciar palabra.

Acabado esto, levantábase otra vez el sacerdote, quitaba los paños blancos de la cabeza, y otros que á la espalda llevaban con plumas de un pájaro hermoso, y unos cacaos; cortaba con un cuchillo de piedra, la cuenta que los niños tenían; los ayudantes, con un manojo de flores y un tabaco, amagaban nueve veces á cada muchacho, tras lo cual les daban á oler las flores, y á fumar el humazo. Recogían los presentes, que consistían principalmente en comida, daban un poco á los niños, y ofrecían un poco de bebida á los dioses, que apuraba sin descansar el ministro llamado *Cayom*. Las muchachas se retiraban primero, cortando las madres el hilo que á la cintura retenía la conchilla, dando á entender que eran libres para casarse; los padres repartían presentes entre los circunstantes, terminando la fiesta con regocijos y un banquete. El promovedor, fuera de hacer los gastos, ayunaba los nueve días siguientes. Decíase á esta fiesta, *Emku*, bajada de Dios. (2)

El nombre de quien instituyó esta ceremonia se descubre fácilmente: lo dicen las colas de la víbora que componían el hisopo y las plumas ricas llevadas por los neófitos á la espalda. Era Kukulcan, la serpiente de plumas de *quetzalli*, ó plumas finas, el Quetzalcoatl de México. La institucion del bautismo era general

(1) Landa, loco cit.

(2) Landa, apud. Brasseur, § XXVI.—Cogolludo, lib. IV cap. VI.—Remesal, lib. V, cap. VII.—Herrera, déc. IV, lib. X, cap. IV.

en Yucatan, y no parece verdadero lo afirmado por algunos autores, (1) acerca de que aquellos habitantes practicaran la circuncision. (2)

Tenían confesion auricular. En peligro de muerte invocaban con lágrimas á *Kue*, palabra convertida en *Ku*, Dios, en sentido abstracto, diciendo en alta voz sus pecados al sacerdote si presente estaba, á los padres y madres, los casados el uno al otro: los parientes que lo presenciaban, acordaban al penitente las faltas omitidas. Confesábanse, no de los pecados de intencion, sino de los de hecho, como hurto, homicidio, la carne, falso testimonio: no era falta la union del señor con su esclava. Hacíase pública la confesion, para que los parientes oraran para alcanzar la remision; mas esto daba motivo á reyertas entre los cónyuges, si por acaso el enfermo convalecía. (3) En Nicaragua la confesion se hacía en secreto con el sacerdote, quien no revelaba los pecados, no encontrándose memoria del caso en el cual se hubiera faltado al secreto. En Chiapas la costumbre era semejante á la de Yucatan, aunque la confesion tenía lugar cada vez que las mujeres estaban próximas al alumbramiento, ó cuando hombres y mujeres querían casarse. A las mujeres confesaban otras mujeres, las cuales luego publicaban las faltas de la enferma, y de la novia decían delante de todos: *Nuestra hija ha pecado*, dando todo ello motivo á disgustos y agravios. (4)

Creían en la inmortalidad del alma y por consecuencia en la vida futura, con castigo y recompensas. Los buenos iban á un lugar deleitable, de mucha dulzura, donde nada daba pena, abundante en comidas, en perpetuo descanso y holgura á la sombra del árbol *Yaxché*, ceiba. El lugar de penas se llamaba *Mitnal*, en donde los demonios atormentaban las almas con grandes necesidades de hambre, frio, cansancio y tristeza: el principal de los demonios de aquel lugar era *Hunhau*. El mal espíritu se decía *Xibilba*, el que se desaparece ó desvanece. Para alcanzar la gloria servían la confesion y las buenas obras; mas tambien la lograba quien moría ahorcado. Por eso con pequeña ocasion de

(1) Pineda, lib. 2, cap. 3.—El Doctor Illscas, vida de Leon X, lib. 6, cap. 23, § 8.

(2) Cogolludo, lib. IV, cap. VI.

(3) Landa, § XXVII.—Cogolludo, lib. IV, cap. VII,

(4) Remesal, lib. VI, cap. XI, núm. 2.

tristeza, trabajo ó enfermedad, no faltaba quien se ahorcase, estando seguros de que la diosa de la horea, *Ixtab*, venía por el alma para conducirla al paraiso. (1)

A estas ideas venían á juntarse las de un politeismo complicado. El dios principal era *Kinchahau*, quien tenía por esposa á *Ix-azal-voh*, inventora de tejer el algodón. Hijo del dios único era *Itzamná*, autor de la escritura. *Ix Kan-leox* era madre de otros dioses. *Ixchebelyax* enseñó la pintura y el arte de las labores en las telas. Presidían á la medicina la diosa *Ixchel* y su compañero *Cit-boluntun*. Númen del canto era *Xocbitum*, y de la música y poesía *Ah Kin Xoox*, por otro nombre *Pizlimtec*. Para la guerra contaban á *Kukulecan*; á *Kac upacac*, mirada de fuego, quien en la guerra llevaba una rodela de fuego con que se abroquelaba; *Ah chuy kak* que entraba á la batalla en hombros de cuatro capitanes. Sustentaban el cielo sobre los cuatro puntos cardinales, y dirigían los vientos *Zacal Bacab*, *Canal Bacab*, *Chacal Bacab*, y *Ekel Bacab*. El gigante *Chac* inventó la agricultura, y por ello era señor de los panes, truenos y relámpagos. *Mul Tum Tzec* reinaba en los malos tiempos y sus dias eran aciagos. En la fiesta *Vayeyab* adoraban un palo, bajo el nombre de *Mam*, abuelo, que despreciaban en seguida.

*Teel cuzam* tenía las espinillas como una golondrina; *Lahunchaam* tenía dientes disformes; *Altubtum* escupía piedras preciosas; *Acat* convertía en flores á los indios que se labraban el cuerpo. "Idolos de los mercaderes, y éstos tenían uno de piedra en particular muy venerado. Habíalos de los caminantes, pescadores, cazadores, de las milpas y otros que invocaban en los tiempos tempestuosos. Dios y diosa del vino, y uno antiquísimo de un gran hechicero. Diosa de los que se ahorcaban, que decían "se les aparecía. Idolos del amor, de las farsas, de los bailarines, "y otra infinidad de idolillos que ponían á las entradas de los "pueblos, en los caminos, en las escaleras de los templos y otras "partes." (2)

Los de Campeche adoraban á *Kinchahauhauhan*, dios de las crueldades, sacrificándole víctimas humanas, y los de Tihóo (Mérida), á *Ahehum caan* y á *Vaelom chaan*. El ídolo de Cozumel, que

(1) Landa, § XXXIII.—Cogolludo, lib. IV, cap. VII.

(2) Cogolludo, lib. IV, cap. VIII.

tenía una flecha en la mano, se decía *Ahhulané* ó *Ahhulneb*. La diosa de las monjas, hija de un rey, se nombraba *Zuhuy kale*, fuego virgen, y á ella dedicaban las niñas. Tenían tambien por dioses á sus reyes muertos, y á peces, culebras, tigres y otros animales. Aquellos ídolos eran pocos de piedra, algunos de madera, y la mayoría de barro; apreciaban tanto los de palo, que se heredaban como cosas de valor. (1)

Los templos eran muchos y suntuosos, y fuera de los públicos, los particulares tenían sus oratorios ó casas de oracion. Los santuarios principales, fuera del de Itzamal, eran el pozo de Chichen-Itzá y la isla de Cozumel ó Acuzamil, isla de las golondrines. A esta acudían multitud de peregrinos con ofrendas, habiendo caminos labrados por la península, que venían á terminar en la costa occidental, á fin de hacer fácil la peregrinacion. (2)

Los sacerdotes eran los depositarios de las ciencias; dividíanse propiamente en cuatro clases. Los *Chilam Balam*, concedores de la voluntad de los dioses, cuyas respuestas comunicaban al pueblo, por lo cual se les tenía en gran estima, aconteciendo que les llevaban en hombros. Los *Kin*, hechiceros y médicos, que curaban las enfermedades con medicinas ó con suertes y adivinaciones. Los *Chaces*, que eran cuatro ancianos elegidos para servir de ayudantes en las fiestas. Los *Nacon*, de los cuales había dos clases; el *Nacon* perpetuo ó que abría el pecho á las víctimas humanas, cuyo oficio se tenía por despreciable: el *Nacon* trienal, capitán en la guerra y destinado á ciertas fiestas principales, empleo de mucha honra. (3) Los sacerdotes de estos templos traían vestidas unas ropas de mantas de algodón, largas y blancas, más que los otros que no lo eran, los cabellos cuanto podían crecidos y revueltos que nunca los peinaban, ni podían si no los cortaban, porque los untaban con la sangre de los sacrificados; y así andaban tan sucios como se deja entender." (4)

Había recogimiento de hombres viviendo á manera de monjes. Junto á los templos había aposentos destinados á ciertas donce-

(1) Cogolludo, lib. IV, cap. VIII.—Landa, § XXVII.

(2) Landa, § XXVII.—Cogolludo, lib. IV, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. IX.

(3) Landa, § XXVII.

(4) Cogolludo, lib. IV, cap. VII.

llas que se dedicaban al culto. Nombrábase la superiora *Ixnacan Katun*, la que está subida en guerra, la cual tenía cuidado del orden y moralidad de las vírgenes. Semejantes á las Vestales, cuidaban del fuego perpetuo que en los templos se conservaba, y si se apagaba, moría la que le tocaba. Si violaba la castidad, tambien moría. Unas se mantenían de por vida en el monasterio, segun su voluntad; otras salían para casarse, previa licencia del sumo sacerdote. (1)

Para pedir amparo á los númenes, acudían á oraciones largas y devotas. Consistían sus ofrendas en comida, frutos, flores, y cuantos objetos parecían bien á su piedad. Ayunaban segun lo prescribía el ritual, absteniéndose á veces de comer bocado en dos ó tres días. Los sacrificios eran del propio cuerpo, de animales, y en los últimos tiempos, aprendido de los méxica, víctimas humanas. Los hombres se cortaban pedacillos del exterior de la oreja, del cuerpo, ó de la parte supérflua del sexo, para ofrecerlo á los ídolos con la sangre; por esta costumbre "se engañó el historiador general de Indias, diciendo que se circuncidaban." (2) Se agujeraban las mejillas, el labio inferior y la lengua á los lados, pasando por los agujeros pajas más ó ménos largas con grandísimo dolor. Juntábanse cuantos querían, y haciendo un agujero en el genital, pasaban la mayor cantidad de hilo que podían, con el cual quedaban unidos sin poder separarse; quien más sufría era tenido por más valiente. Con la sangre untaban á los númenes.

Las mujeres no se sacaban sangre del cuerpo, ofreciendo sólo cuanto de la tierra podían, aves, peces y animales; de ello vivo para el sacrificio, muerto como ofrenda ó guisado para el consumo de los sacerdotes. Los sacrificios humanos aprendieron los maya de los méxica. (3) El sacrificio comun se hacía por los cuatro *chaces*, quienes tomaban á la víctima por piés y manos, tendiéndola sobre la piedra, y el *Nacon* abría el pecho para arrancar el corazón, presentándole al sacerdote para ofrecer al ídolo. Si el sacrificio tenía lugar en lo alto del templo, el cadáver era despenado por las escaleras abajo: en ciertas ocasiones era deso-

(1) Cogolludo, lib. IV, cap. II.

(2) Landa, § XXVIII.

(3) Herrera, e déc. IV, lib. X, cap. III.